

COLECCIÓN HISPANIOLA 11

DULCINIUM

© De los textos, Angela Rodicio

© Confluencias, 2016
www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez
Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-944761-4-3
Depósito Legal: AL-40-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

ANGELA RODICIO



DULCINIUM

El amor perdido
de Cervantes



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Para Sofía Gandarias,
y todos los compañeros de viaje

Los dioses a menudo se han quedado prendados de extranjeros procedentes de países lejanos; asumen su forma, y con ella vagan por los pueblos para observar tanto los ultrajes como las bondades de la humanidad.

Homero, *La Odisea*.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE EL REGRESO IMPOSIBLE

I.	MEMORIA ENTRE LAS MONTAÑAS	15
II.	EL PALACIO BILLARDA	41

SEGUNDA PARTE LA LUCHA CONTRA EL OLVIDO

III.	CASTELNUOVO	55
IV.	ÚLCHIÑE	65
V.	MADRID	71
VI.	SPAHO	85
VII.	ENTRE AMÉRICA Y TÚNEZ	97
VIII.	EDITHA	117
IX.	ROMA. PRINCIPIO Y FIN	137

TERCERA PARTE

HUIDAS

X.	HISTORIAS PARALELAS	155
XI.	LOS FANTASMAS DEL PASADO	173
XII.	LA LIGA	181
XIII.	FLOTAS	193
XIV.	LA SUERTE DE LEPANTO	203
XV.	EL BANQUETE DEL DESEO	223

CUARTA PARTE

EDITHA. LAS CADENAS DEL PASADO

XVI.	FIEBRES	
	ANIVERSARIO DE MI NACIMIENTO	231
XVII.	RELATOS	249
XVIII.	EL RESCATE	267
XIX.	ZORAIDA	289
XX.	EDITHA	321

QUINTA PARTE

EL CAUTIVO DE DULCINEA

XXI.	LA GRUTA	343
XXII.	PAX OTOMANA	365
XXIII.	PAX HISPANICA	383
XXIV.	LIBERTAD	393
XXV.	SOMBRAS Y PASADO	407
	BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL	421
	AGRADECIMIENTOS	425

ANGELA RODICIO



DULCINIUM

El amor perdido
de Cervantes

PRIMERA PARTE

EL REGRESO IMPOSIBLE

I

MEMORIA ENTRE LAS MONTAÑAS

Los regalos más bellos que jamás se hayan hecho a los hombres son la curiosidad y el asombro. La curiosidad se encuentra en el origen de los viajes; el asombro, en la fantasía y la imaginación de los cuentos. La vida se puede comparar a un navío en boga; el puerto en el que recalca es el país natal. La vuelta a la patria, tan próxima como ya lejana, es la ruta del viajero.

Allá donde no existe desencuentro entre viaje y regreso, se habla de amor; tan presente en el momento de partida, como en el de retorno. La patria no se elige, se impone. Se viaja para conocer la historia.

En uno de los relatos sobre los condenados a las migraciones, un hombre cree que volverá un día, tras su periplo por el mundo, cargado de regalos y recuerdos. Vagando por el planeta, redondo como una pelota, el peregrino envía de vez en cuando mensajes en tantas botellas como establece la mitológica tradición de los navegantes; el cordón umbilical con quienes permanecen en tierra firme.

Después de una década de aventuras el hombre les manda agua bendita en una botella, para que la comida y los frutos de su tierra no se agoten jamás. Pasados veinte años, llena otro envase con vino, porque quiere que en su país la canción y la fiesta sean abundantes.

Han transcurrido ya seis lustros de idas y venidas por el mundo. Ha conocido las misteriosas esquinas del orbe pero su corazón sólo bate tranquilo cuando la conciencia le recuerda los regalos que debe hacer llegar a su país natal. Es por ello que el viajero lanza al mar otra botella llena de aceite, en la que ha introducido también una rama de olivo; para que sus compatriotas vivan siempre en paz.

El tiempo se va extinguiendo como una tormenta de verano sobre la odisea del viajero y éste, alcanzada la vejez, considera que ha llegado el momento de regresar.

Le dan la bienvenida con una ceremonia multitudinaria, semejante a la que se le dispensó en su partida. Le llevan en volandas hasta la plaza. Allí, sobre la mesa del banquete, reposan sus botellas con el agua bendita, el aceite, y la rama de olivo; los dones que les ha ido haciendo llegar desde remotos destinos.

El viejo mira a la gente, y pregunta con voz débil.

—Y mis sueños, ¿dónde están? —Todos callan—.

—Y mi juventud, y mi salud, ¿dónde están? —Nadie dice nada—.

El agua murmura al deslizarse sobre sí misma; el racimo se desprende de su cepa; las aceitunas caen al suelo. El viento propaga la respuesta que resuena en todo el lugar.

—No le has ofrecido nada de lo que reclamas a tu país natal. Lo que has ido enviando, ahora se te restituye. El resto pertenece al mundo. A los viajes.

La gente baja la cabeza. La grandeza de los hombres sabios consiste en adivinar el futuro, lo que será antes de que sea, porque sus previsiones radican en la clarividencia del pasado.

* * *

Frente al olvido, la imposibilidad de olvidar. Un hombre escribe en la noche. Como una mariposa apuntalada con un alfiler sobre una superficie de corcho; prisionero de aquel episodio sorprendente de su vida. El único modo para exorcizarlo es escribir, sangrar sobre el papel, conjurar los misterios prendidos a sus alas como una maldición de tierras ignotas.

Aquel tórrido verano, trata de librarse del peso insostenible de la memoria. Incapaz de procesar ningún mensaje, fórmula, pensamientos ulteriores. El estado de su mente parece tan anárquico y defectuoso como el trazado original de su villa y corte, Madrid, de las tripas donde se levanta su casa y en ella la estancia con el escritorio, todo su universo.

Las edificaciones, chicas y apretadas en calles serpenteantes y angulosas; el terreno, pródigo en cuevas, barrancos y desniveles. La sierra circundante con la nueva capital desde la que Felipe II pretendía centralizar el mando de un imperio igualmente errático. Se abatían pinos, robles, encinas, castaños, nogales, avellanos y madroños, porque se requería madera para la

construcción y como fuente de combustible. Los olmos, álamos, acebedas, que se espesaban a orillas del Manzanares, corrían igual suerte, destinados a murallas y ciento noventa torres defensivas. De los montes desaparecía la caza, de las praderas el ganado, de las huertas frutas y hortalizas; de la frondosa vega, los árboles y las plantas. El alabado clima de Madrid, con sus cielos claros, el aire salubre de sus fértiles campos, encomiado por viajeros y humanistas en los tiempos de Carlos V, se extinguía para dar paso a las heladas, a los crudos inviernos; los estíos se caracterizarían por su calor sofocante.

Madrid se convertiría en la ciudad de la muerte, la urbe de lluvias escasas —nueve meses de invierno y tres de infierno—. De los aires templados del Guadarrama derivaría el proverbio de que no bastaban para apagar un candil pero eran capaces de matar a un hombre fornido.

* * *

El viejo recuerda y escribe hasta confundir el pasado con el presente; la historia con la biografía, sobre todo si es la propia y está plagada de escenas al límite. Con la muerte no se aclara nada. Había caído en la cuenta mientras contemplaba el fresco anónimo *El triunfo de la muerte* en el palacio Abatellis de Palermo que data de los tiempos de Fernando, rey de Aragón y Sicilia. Alguien se había empeñado en plasmar su testamento sobre aquella pared con el mensaje de la superioridad del final sobre el principio. ¿Acaso no era la pintura la plataforma de expresión popular por excelencia de aquel tiempo?

Escribe para buscar respuestas, lejos del mar donde se ha sentido libre. Aquella paleta de azules bajo sus pies se recrea en la bóveda del cielo de la capital, siempre cambiante.

Flagelos trenzados por mano bárbara, al recuerdo de los cuales el cuerpo es invadido por el sudor y los cabellos se erizan. Golfo de Lepanto, siete de octubre de 1571. El lugar cuyo nombre no puede olvidar es el templo de sus plegarias desatendidas en aquellos tiempos marcados por la ira de los dioses. Cuando uno se queda atrapado sin poder huir, ni regresar al punto de partida.

* * *

Mi avión sobrevolaba los golfos de Corinto y de Lepanto. El segundo vuelo del día después del que me había llevado desde Teherán a Estambul. Sarajevo era mi destino. Sonreía al percatarme de la conexión Irán-Bosnia, Asia-Europa, que sigue atravesando el corazón otomano; los latidos de la antigua Constantinopla, de Eurasia, entonces como ahora.

El mar a nuestros pies era una alfombra de reflejos iridiscentes originados por la trayectoria del misil con ventanillas. Regresaba del Baluchistán iraní tras investigar el comercio internacional de drogas en la porosa frontera entre Irán, Afganistán, y Pakistán. Un primer reportaje.

Dos de junio de 2014. La meta seguía siendo Sarajevo, esta vez para elaborar un segundo especial sobre el centenario del asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía Chotek a manos de Gavrilo

Princip y un comando de jóvenes independentistas serbios de Bosnia. El 28 de junio de 1914 el mundo se adentraba en la primera contienda mundial, la madre de todas las carnicerías. ¿Y por qué no un tercero sobre la ruta balcánica —me preguntaba—, tanto de drogas como de armas, o refugiados? Desde Afganistán a Turquía o Líbano, pasando por Irán y los desaparecidos Iraq o Siria, el caos que impera en el sur de Europa desde principios de la década de los años 90, con la disolución de los bloques, de la URSS y de Yugoslavia, mantiene la mugre bajo la alfombra del siglo XXI.

Sentía desazón como siempre que pierdo de vista el mar. El avión iniciaba las maniobras de aterrizaje en Sarajevo; puse el separador en la página de *El Quijote*:

«Y de esta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y mote de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura, y, sin parar, prosiguió diciendo:

A este escuadrón frontero forman y hacen genes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los númeridos, dudosos en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros yo conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo.» [Capítulo XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.]